

Yendo a Sión

Teníamos que salir a las 5:40 a.m. desde Hergiswil y llegar a las 8:37 a.m. a Sión, la ciudad donde nació y se crió mi bisabuelo. Era un viaje corto en el mapa — cuatro trenes, casi tres horas — pero para mí tenía algo de peregrinación familiar, siendo una argentina que vive en Estados Unidos.

Había además varias variables que no tenían nada que ver con Suiza ni sus trenes: que Babak y yo nos quedáramos dormidos, tomar el tren equivocado, haber entendido mal Google Maps... y mis hijos, Ciro y Rumi, que siempre agregan su propio abanico de variables.

Hace años quería hacer este contacto con mi familia de Sión. Tati (Clarisa Tavernier), mi abuela, siempre me hablaba con orgullo de su papá Antoine — suizo-francés — y de su fábrica de pianos. En algún momento ella — o quizás mamá — me contó que Gaby, la prima de mamá, había logrado contactarlos y había viajado hasta allí. Siempre hablaban de ese encuentro como algo muy movilizante. Pasaron más de veinte años de eso, y me daba cierta timidez hacer ese contacto yo misma. Babak y yo, que tenemos un amor casi irracional por Suiza, estábamos por volver una vez más después de los embarazos y la pandemia, esta vez con la ilusión de mostrarles el país a nuestros hijos. Pensé en Tati, la sentí muy presente, y ese sentimiento me dio el impulso para preguntarle a Gaby con quién había hablado y si podría ayudarnos a contactarlos.

Hablamos primero con Mélanie Tavernier, prima segunda de mamá, que vive en Ginebra y me respondió con mucha calidez. Por una cuestión de logística, no pudimos vernos con su familia. Yo tenía muchas ganas de ver Sión, de donde venía el abuelo. Por suerte, el resto de la familia en Sión estaba dispuesto a recibirnos. Empezamos a organizar ese día con Georges Tavernier, primo de Mélanie, y Antoine Tavernier, sobrino del abuelo Antoine, que lo había conocido personalmente. Quedamos en el 7 de Marzo.

Y finalmente el día llegó. Yo había chequeado el itinerario y todas sus variables por lo menos treinta veces. Llegar tarde me preocupaba un poco.

Ya a las 6AM, el segundo tren que nos llevaba de Lucerna a Bern estaba inesperadamente lleno. Era sábado y el ambiente era más bien distendido. La gente, que se relaja como mejor le sale, lo hacía cada uno a su manera: tomando whisky, comiendo hamburguesas con papas fritas, pero más que nada había una procesión de esquiadores: determinados, felices e incómodos caminando con sus botas por los pasillos del vagón, en dirección a alguna montaña, quizás Zermatt. Seguimos viendo a estos esquiadores en el tercer tren que nos llevaba de Bern a Spiez, y ya en el cuarto que nos llevaba a Sión, no los vimos más, o por ahí mi atención se desvió hacia mi destino.

Y sin demasiados sobresaltos llegamos a Sión.

Mi primera impresión al bajar del tren, después de pasar más de diez días frente al Lago Lucerna, fue el aire. Más seco. Lo que se dice alpino. Sión está en el valle del Ródano, rodeada de montañas y viñedos que bajan casi hasta tocar las casas.

Enfilamos rápido hacia el casco antiguo de la ciudad, que está a unos diez minutos de la estación. Mucho de lo que se ve allí todavía evoca un pasado agrario, y no hace falta especular demasiado: las calles mismas lo indican. Está la Rue des Vignes, la calle de las viñas. El Pratifori era el prado donde se hacían las ferias de ganado. La Avenue des Mayenne lleva el nombre de las casas de madera donde se llevaba el ganado en verano. Es un pasado y un presente agrario, solo que a las vacas las han corrido un poco más arriba, hacia las laderas.

En este valle, se cría la vaca Hérens, una raza naturalmente combativa que cada primavera se enfrenta en torneos por categoría de peso para elegir a su reina. Al final del verano, cuando bajan de los pastos alpinos, es ella quien encabeza el desfile de regreso al valle, coronada con flores.

Ya en el casco viejo, nuestro grupo nos esperaba. Estaban los hermanos Georges y Edouard, su padre Antoine Tavernier, Ely — el hijo de Edouard de diez años, que vendría a ser mi primo tercero — y la pareja de Georges. Nos recibieron con

croissants para los chicos, un gesto simple pero cálido después del viaje. Con esa bienvenida empezó rápidamente nuestro recorrido por la ciudad.

Entre esas calles de adoquín, uno siente que el lugar tiene carácter, que no es decorado, que cada cosa tiene su momento en la historia y su lógica. Y si levantas la vista desde cualquier punto del casco viejo, te están mirando dos colinas con dos torres enfrentadas. Una alberga las ruinas del Castillo de Tourbillon, la otra es la Basílica de Valère — el poder político y el religioso, cara a cara desde hace siglos. Desde abajo parecen dos castillos, y mucha gente, incluso de Sión, les dice "los dos castillos". Pero uno era un castillo y el otro es una basílica — lo que confunde es que en el castillo vivía el obispo, que también era señor feudal con ejército propio. La distinción existía. En algún lado.

El castillo se incendió en el siglo XVIII. La basílica sigue intacta.

El tour arrancó por la Catedral de Notre-Dame du Glarier, que está a unas pocas cuadras de donde se crió el abuelo Antoine. Tuvimos la oportunidad de recorrerla por debajo, por un "pasadizo secreto", como le decía a los chicos — caminando sobre andamios de madera y viendo muy de cerca los restos de lo que fue una ciudad romana, a centímetros de nosotros. Nuestra guía nos contó que el pasado de Sión va bastante más atrás que el Imperio romano porque encontraron restos neolíticos de hace 7.000 años, lo que la convierte en una de las ciudades más antiguas de Europa. Babak y yo mirábamos los escombros con fascinación, agarrando fuerte a mis hijos y explicándoles que la ciudad romana no era un arenero. Salir de ese "pasadizo secreto" al pasado y ver la catedral por dentro, donde un grupo de chicos estaba dando su primera confesión, me dejó una fuerte sensación de finitud.

Seguimos avanzando unas cuadras hasta el barrio de los Jesuitas, una zona tranquila del casco antiguo con edificios sobrios que todavía conservan algo del aire académico que debió tener durante siglos. Nuestra guía nos contó que los jesuitas llegaron en el siglo XVII, invitados por el obispo para frenar el avance del protestantismo a través de la educación gratuita, y que el colegio que fundaron terminó convirtiéndose en el Collège cantonal de Sion — donde muchos años después estudió el abuelo Antoine.

El colegio todavía existe, aunque ya no funciona en el edificio histórico del casco antiguo, que hoy alberga el palacio de justicia del cantón. Muy cerca de ahí está también la escuela de Place du Théâtre, donde Antoine fue a la primaria.

Mientras seguíamos caminando por el casco antiguo, nos detuvimos frente a unas ventanitas casi al ras del piso. Mis hijos — que piensan que todo lo que está a su altura está diseñado para ellos — se abalanzaron sobre ellas y empezaron a golpear el vidrio como si hubiera alguien adentro esperando. Nuestra guía nos contó que esas ventanitas las usaban los lombardos, los financieros de la Edad Media, para cambiar monedas y hacer préstamos sin que nadie tuviera que entrar a sus casas: una transacción segura a través de un vidrio. La calle donde estaban estas ventanitas se llama Rue des Lombards, y muchas ciudades de Europa todavía conservan calles con ese nombre, recuerdo de ese antiguo oficio.

Desde la Rue des Lombards, en pocos pasos desembocamos en la avenida principal: la Rue du Grand-Pont. Se llama así — "Gran Puente" — porque en realidad lo es. No hay metáfora. Por arriba se la recorre como cualquier calle, llena de negocios y cafés, pero debajo corre el río Sionne, que baja con fuerza desde las montañas y durante siglos provocó inundaciones en la ciudad. En el siglo XIX lo canalizaron y cubrieron para ganar espacio urbano. Una obra de ingeniería discreta y eficaz, de esas que resuelven un problema para que desaparezca. Uno la cruza sin saber que, invisible bajo los pies, el río sigue su camino.

A pocos pasos de la Rue du Grand-Pont se encuentra el Ayuntamiento, un edificio de piedra clara que da a una pequeña plaza no muy lejos de la catedral y de la escuela de Place du Théâtre. En una de sus fachadas hay un reloj astronómico del siglo XVI que, además de la hora, muestra las fases de la luna, el calendario y los signos del zodiaco.

Nuestra guía nos contó que todavía tienen que ajustarlo manualmente de vez en cuando, porque funciona con un mecanismo muy parecido al original. En su época, estos relojes servían para mucho más que marcar la hora: al mostrar los ciclos del

sol y de la luna ayudaban a organizar cosas muy prácticas — calcular la fecha de Pascua, decidir cuándo sembrar o cosechar.

Mientras caminábamos por el centro también fuimos ubicando algunos lugares importantes en la vida de Antoine. Nació en Rue de Conthey 15, un poco más abajo del casco antiguo, y más tarde vivió en una casa en Rue de l'Église 7, muy cerca de la catedral. Ya de adulto trabajó en la Banque Cantonale du Valais, que en esa época estaba en Rue des Vergers 7. El edificio después fue biblioteca cantonal y hoy alberga el ministerio público del cantón.

Hacia el final del tour dejamos el centro de la ciudad y comenzamos a subir hacia la basílica, uno de los dos "castillos", aunque justamente el que no lo es. Para llegar hay que negociar con una escalera de piedra bastante empinada que, paso a paso, va revelando todo el valle. Si uno se cansa en el camino, hay un café donde se puede recuperar el pulso.

Entramos a la basílica y mi atención no se fue al altar, sino a una especie de barco de madera que parecía flotar en la pared, colgado sobre la piedra a una altura considerable. Durante unos segundos no entendí bien qué estaba mirando. Después nos explicaron que ese "barco" es un órgano de "nido de golondrina", llamado así porque recuerda a los nidos que las golondrinas pegan en los tejados.

Y no es un órgano cualquiera: es el órgano más antiguo del mundo que aún suena, suspendido allí desde hace más de seiscientos años. Parada frente a ese enorme órgano que se roba la atención de toda la basílica, pensé en Antoine yendo a misa allí cuando era chico, escuchando este mismo instrumento. Lo imaginé caminando por estas calles de adoquines, corriendo con sus amigos hacia la escuela o hacia la plaza, jugando a las canicas sobre el empedrado o haciendo girar un trompo. Probablemente también esquivando más de una vaca Hérens en el camino o participando en alguna de las ferias agrarias del valle.

Para un chico en una ciudad como Sión a principios del siglo pasado, el mundo debía ser más o menos ese: estas calles, las campanas de la catedral marcando las horas y el valle alrededor.

Y en algún momento lo dejó todo atrás. Se subió a un vapor y cruzó el Atlántico durante semanas siguiendo su propio curso lejos de este valle, como lo hacían entonces los que se iban para siempre, con un baúl y una dirección escrita en un papel. Terminó construyendo pianos y criando vacas. Pensándolo bien, quizá no sea tan extraño viniendo de Sión: una ciudad de madera, de oficios, de viñedos y ganado, y con ese factor tan suizo de precisión y calidad.

Mientras bajábamos las escaleras que Antoine había recorrido muchas veces, pensé que en la vida de este órgano de seiscientos años, Antoine y yo somos apenas un momento.

Antes de irnos del casco viejo hicimos una pausa para tomar un café. Nos sentamos en una mesa mientras Antoine les daba fichines a mis hijos para que se entretuvieran con una maquinita. Mis hijos, felices.

Hablamos un poco de nuestras familias, de los nombres, de cómo inevitablemente la gente va migrando y las ramas del árbol familiar se van extendiendo por distintos lugares. Pero los mismos nombres siguen apareciendo, generación tras generación, como pequeños hilos que confirman nuestro lazo.

Después nos invitaron a almorzar al restaurante Les Îles, en el Domaine des Îles, un parque grande a las afueras de Sión con lagos, senderos y árboles. El restaurante es amplio y luminoso, con una terraza que mira al agua. Después de toda la caminata se sentía bien sentarse ahí, conversar y sentir el sol de un invierno bastante cálido.

Pedimos un Stricto Sensu de la bodega Varone, producido allí mismo en Sión. Un tinto del Valais. Yo hacía bastante tiempo que no tomaba vino, pero ese día no lo pensé mucho. Después de haber caminado la ciudad durante horas, también se sentía bien beberla.

Justo era el cumpleaños de Rumi. Su cumpleaños siempre nos agarra en algún viaje, y tenemos que improvisar algo. Le pedimos un helado, Georges pidió una vela, y sin más le cantamos el cumpleaños ahí mismo.

Después fuimos todos juntos hasta la estación. La despedida fue muy afectuosa. Antoine me regaló un bolso de Sión con un libro adentro. El bolso es verde, estilo mensajero, con la palabra Sión y la silueta de la ciudad. Me encanto. De algún modo sentí que también me llevaba un pequeño pedazo del lugar.

Hay gente que viene a Europa a ver la tumba de alguien famoso. Yo vine a ver dónde creció mi bisabuelo. Nunca nos conocimos, pero escuché tantas historias sobre él que valía la pena acercarme, ver estas calles con mis propios ojos y sumar un pequeño capítulo más a ese relato — para mantenerlo vivo y contárselo algún día a mis hijos.